

# Un clásico vivo

José Manuel Cabrales Arteaga

M. de las Cuevas fotógrafo

La publicación de una amplia selección de cuentos en la prestigiosa colección Cátedra -precedida de amplio estudio del profesor González Boixo- otorga al narrador leonés Antonio Pereira la categoría de clásico de las Letras Hispánicas. Algo que sabían y respaldan sus devotos lectores, conscientes de estar ante uno de esos escritores que pasan en medio de esta feria de las vanidades del mundo literario español casi de puntillas, sin aparecer en las tertulias de radio o televisión ni dar su opinión sobre lo divino y lo humano; pero dedicado a cincelar una prosa de ficción que lo ha convertido en el mejor autor de cuentos español desde Ignacio Aldecoa. Con una ventaja quizá sobre el malogrado escritor vitoriano: la variedad temática y formal de Pereira, que le permite seducir al lector con piezas de tamaños variados y estructuras diferentes, en donde brilla a cada paso un humor extremadamente sutil.

Hace unos años, en 1999, asistimos ya a una presentación de Pereira ante el gran público con 'Me gusta contar' (Taller de Mario Muchnik, 1999), casi setenta relatos seleccionados por el autor entre su copiosa producción y agrupados con cierta unidad temática: localización geográfica (cuentos del noroeste, de Madrid, de otras partes del mundo) o un elemento dominante: el paso del tiempo, tipos humanos singulares. En cuanto al tamaño, había microrrelatos de apenas quince líneas, contruidos a partir de una frase afortunada o una visión -casi surrealista, al lado de historias más largas y complejas, como 'Las erotecas infinitas', espléndido ejemplo de lo que Vargas Llosa llama estructura en caja china. En la divertida introducción, el autor lleva a cabo una personal adaptación del celeberrimo decálogo del perfecto cuentista de Horacio Quiroga, llena de frescura antirretórica y muy útil para entender su propio quehacer narrativo: «Lo primero es tener una historia que contar. Sin esto nada... Que siempre haya expectativa. ¡Algo va a ocurrir!... El novelista puede ser altanero. El cuentista debe ser cordial y amistoso».

## Medio centenar

Ahora, 'Recuento de invenciones' ofrece medio centenar largo de relatos,

ordenados cronológicamente según su publicación, desde el primer libro ('Una ventana a la carretera', de 1967, heredero del realismo de los años 50), hasta los maravillosos 'Cuentos de la Cábila' (2000), autobiográfica o educación sentimental que recorre los años de infancia y juventud del autor, pasados en el barrio de la Cábila, al otro lado del río en su Villafranca del Bierzo natal. De este modo, seguimos la evolución, el progresivo adensamiento de una escritura marcada por una serie de rasgos: comienzos que atrapan de inmediato; relatos orales, debidos a la voz de algún personaje entrañable, anti dogmático, que sugiere más que afirma y va descubriendo la verdad al tiempo que el lector; un lenguaje sencillo, pero pleno de elementos coloquiales castizos; personajes llenos de humanidad; descripciones de ambientes casi táctiles y finales sorprendentes, que cambian el sentido del texto. Los espacios resultan muy variados, desde la ubicación en el Noroeste peninsular descrito con trazos vivísimos, hasta el cosmopolitismo de los relatos integrados en 'El síndrome de Estocolmo' o 'Picassos en el desván'. Sin embargo dos elementos se repiten con extrema sutileza: un suave erotismo y humor cervantino, optimista y tolerante.

### **Divierte y enseña**

La selección de González Boixo resulta bien equilibrada, aunque quienes se lo oyeron leer al autor en su última conferencia en el Ateneo, echarán seguro de menos la presencia de esa delicia titulada 'El gobernador'; pero lo reunido seduce e impresiona: el oscuro destino de 'Los preventivos' en los duros años de la dictadura; la secreta tara que esconde Rabanillos; el León de los años 50 recreado en 'El asturiano de Delfina'; lo que se oculta tras la afición de Efrén Baralla a los callistas; el obispo de una pequeña diócesis ante la perspectiva de su jubilación; una sutilísima y tropical versión del síndrome de Estocolmo o el primer momento de camaradería con el padre por parte del chaval de la Cábila.

En definitiva, conjunto deslumbrante que cumple una doble función: entretiene al aficionado a la ficción breve y maravilla al especialista, pues el mecanismo de estos relatos funciona con la perfección que solo alcanzaron los más grandes: Poe, Borges, Cortázar o Rulfo. Casi todos los narradores españoles de hoy han aprendido -o deberían aprender- de esta obra.

